



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

A LA PUERTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

A la puerta.

En las altas horas de la noche, cuando camino hacia mi casa y doy vuelta a la esquina que recoda mi calle, tropiezo con un rebujo humano, que hace lecho y hospedería del quicio de una puerta y del escalón que a la puerta se adosa.

Es el rebujo una chicuela que tira para moza — en los doce años frisará — y que debe andar huérfana de padres y de amparo por estas calles de Madrid.

Su cara se oculta entre el ángulo del brazo izquierdo y los pliegues de un harapo

que fué pañuelo; por los rotos del harapo salen mechas de pelo rubio, donde hacen joyería los reflejos del próximo farol. El brazo derecho se remete en los huecos de un mantoncillo. Menos venturosas las piernas, muéstranse al desnudo por los remates de una falda que se deshilacha contra la carne tiritona y anémica.

Ese encogimiento espiritual de hombros que en nosotros provocan las ajenas desdichas, parte por egoísmo, parte por la certeza de no poderlas remediar, se realiza en mí siempre que contemplo a la criatura ovillada sobre el escalón de la puerta.

«¿Para qué—me digo—aliviar hoy este desamparo, que ha de seguir mañana? Y si fuera éste solo, aún, aún. ¡Hay tantos como él!... ¿Despertarla?... ¿A qué objeto? Tal vez sueña con felicidades que mis manos despertadoras no podrían brindarle: ¿Fuera crueldad en mí hacer que la niña cambiara

un sueño de oro por una moneda de cobre? Crueldad fuera. Dejémosla dormir.»

Y sigo mi viaje en la noche, por la calle sin luz ni gente, mientras la niña aguarda el suyo, que será a pleno sol por las calles llenas de hombres y vacías de humanidad.

Así es un día, y otro y otro. Siempre hago un alto en la abandonada; siempre mis manos salen de los bolsillos en ademán de despertarla; siempre vuelven a entrar en ellos. «¿Para qué?», murmuro; y echo, despacio, calle arriba, en busca de mi puerta, que se abre y me suena a tapa de ataúd al cerrarse de golpe tras mí.

Ayer fué más tardío el peregrinaje a mi vivienda. Anduve entre la niebla, entregado a sus caricias de fantasma. Ella resbalaba al largo de mi cuerpo, cosquilleándome la piel del rostro, envolviendo mis manos en sus guantes húmedos, metiendo su hielo por mis poros, mezclándose a mi sangre,

retardándola en su camino hacia mi corazón, para que éste latiera despacio, muy despacio, cada vez más despacio...

Si las amadas muertas, de que los poetas nos hablan, saliesen de sus tumbas para entregarse al amante vivo, así se entregarían a él: en abrazos viscosos, en fríos espasmos, en besos faltos de calor y de ruido. Así pasa con el recuerdo de las amantes que, enterradas por nosotros y para nosotros, siguen andando por la tierra.

El alba vino a sacarme de aquel ensoñar a ojos abiertos. Restregué mis párpados, donde la niebla cuajaba lagrimones; sacudí, para desentumecerlas, mis manos, y entré por mi calle taconeando fuerte. Al aproximarme al dormitorio de la abandonada, contuve los pasos; casi de puntillas anduve. No era razón despertar a la chica.

Por vez primera hallé el dormitorio de-

sierto. Sin duda, el sol arrojó a la criatura humana de su nido. Igual hace con los pájaros. Sólo que los pájaros salen del nido con las alas abiertas y el canto entre las aristas del pico. La criatura humana saldría del suyo con la boca contraída y las manos tendidas para recoger, de limosna, el sustento que los pájaros por derecho natural recogen donde quieren.

Todavía andaba inmediata a la puerta. Hallábase junto a la fuente haciendo de sus manos esponja para la cara blanca, de sus dedos peine para los áureos cabellos, de la taza de la fuente bañera para sus piernas y sus pies.

Nunca la vi tan a las claras. Bonita era; seríalo más, de mujer hecha, cuando el cuerpo, concluído de dibujar, pudiera enorgullecerse y adelantarse retador, con el apoyo de los azules y grandes ojos, de la boca de entreabiertos y gruesos labios,

donde caracoleaba, hecha bostezo, la nieve de los dientes.

Dió un último golpe de mano al cabello; anudó su pañuelo a la garganta; afirmó en el fango del arroyo sus pies y, con los azules ojos en tierra, con la boca desplegada en sonrisa mendicadora, con la mano dirigida maquinalmente hacia adelante, echó a andar calle abajo, consagrada por un rayo de sol que se hacía círculo en su cabeza.

¿Dónde iba?... Ahora a pedir limosna. Más tarde, cuando los doce años fueran quince, a ganar el sustento, que los pájaros picotean gratis, como lo ganan las mujeres bonitas, cuando miseria, ignorancia y orfandad las empujan en su camino por el mundo.

Debieron pasar horas, porque súbito me sacaron de mi abstracción ocho campanadas remotas y un griterío próximo de voces infantiles.

Más de treinta niñas que se agrupaban, chillando y riendo, frente a la puerta que sirve a «la abandonada» de lecho.

Sobre aquella puerta se leía esta inscripción, que la noche y mis distracciones me impidieron hasta entonces leer:

Escuela de niñas.

Estaba de par en par abierta, brindando a las chiquillas de ahora instrucción, alegría, salud, rayos de sol.

Para la de antes, cerrada estaba, brindándole tristeza, frío, soledad, sombras, rayos de luna a veces...

A cada flor su luz.

REBECA

Rebeca.

Fué ello a media tarde, por los bajos de la Moncloa, en cálida siesta de este junio, que verdea los campos y pone en los árboles frutos.

Mi paseo había sido largo y fatigoso; mi cuerpo anduvo no breve espacio bajo el fuego del sol; bajo otro fuego más quemante que el del cielo juniano, retorcióse durante el paseo mi espíritu.

Al llegar a los bajos de la Moncloa sentí sed, y, como Eliazar, el criado de Abraham, mandado por éste a Mesopotamia para que hallara esposa a Isaac, su hijo,

miré a una y otra parte; dejéme caer luego sobre el césped y quedé inmóvil, aguardando que una hija de varón trajese el cántaro de agua a los alcances de mi boca.

Era yo todo Biblia en aquel momento. Si no como Eliazar, ocupado en la ingrata labor de buscar esposa para otro, ocupábame en idealizar a todo ensueño los ecos nupciales que me enviaba la enflorcionada primavera.

Súbito sonaron pasos a mi espalda. El poema bíblico seguía realizándose ante mis ojos por méritos de una mozuela que, con los pies descalzos y un cántaro de agua apoyado en una de sus caderas juveniles, avanzaba hacia mí.

Eran de bíblica figura las líneas todas de su imagen: la cara entrelarga, el tronco esbelto, finos los remates de sus piernas y el contorno de sus desnudos brazos.

Morena clara era la color de su rostro;

de bronce sin lustrar los cabellos, abiertos en dos mitades sobre la cabeza y caídos contra la nuca en suavísimas ondas.

En el rostro aparecían dos ojos grandes, almendrados. Tenían verde acero el matiz, dulce y soñadora la expresión.

Su nariz recta y un si no es ensanchada junto a las fosas, endoselaba una boca grande, de labios clavellinos; la barba, apuntada, se desvanecía en curvas sedosas contra un cuello flexible.

Un pañuelo rojo se abría sobre blanquísima chambra de recogidas mangas, y una falda corta, salpicada con florecillas inclassificables, llegábala a la media pierna, dejando en descubierto carnes juveniles que sol, aire y lluvia tostaban.

Andaba con pereza que no excluía lo gentil; su brazo derecho sostenía el cantaruelo rezumoso; el izquierdo brazo desmayaba lánguido, rebelde a la acción.

Decir podría yo, parodiando al siervo de Abraham, que «la moza era de muy hermoso aspecto», y agregar, tal vez más seguro que Eliazar — la mozuela contaría doce años —, «que era virgen, a la que varón no había conocido».

Entonces me levanté, fui hacia ella y le dije recordando el versículo: «Ruégote que me des a beber un poco de agua de tu cántaro.»

Ella repuso: «Tome y beba, señor.»

Y volcando el cántaro sobre un vaso, me ofreció de beber.

Tal — fuera parte el vaso — hizo con Eliazar Rebeca, hija de Milca.

Para esposa de Isaac, hijo de Abraham, el venturoso patriarca, escogió el destino a Rebeca. Allá, en las tierras conquistadas por el pastor guerrero, sería ella feliz, rica, bendita del Señor, madre de hijos, sin privaciones ni miserias. Todas las felicidades

iban a derramarse sobre la virgen portadora de agua que describe el poeta genésico.

¿Qué guarda el destino para la Rebeca aparecida a mí, con el cántaro de agua sobre la cintura, en los bajos de la Moncloa?

De hogar rico no llegaba la moza. Decíanlo muy a las claras su humilde trajeo y sus pies descalzos. Las Rebecas de buena posición van calzadas y con institutriz en los tiempos actuales.

Miserable, mejor que humilde, debía ser el hogar de la encantadora mozuela; de él salía, para disfrazar con vasos de agua el mendiguelo.

Sola iba por los bajos de la Moncla. No acudiría a ellos, al objeto de desposar a la muchacha con un príncipe, ningún mensajero, más o menos patriarcal.

Cuando la hora del amor sonase para la

moza del cantarillo rezumoso, sonaría en aquellas arboledas, casi sin preámbulo. Un golfo cualquiera, uno de esos salvajes de la civilización que merodean por los alrededores de las grandes ciudades, se aproximaría a la Rebeca de almendrados y verdes ojos; ella y él se conocerían, sin que ningún Eliazar preparase el conocimiento.

¿Los hijos?... ¡Bah! Para este problema de los hijos tenemos adelantado mucho. Los patriarcas no inventaron el torno de la Inclusa.

Así pensaba yo mientras apuraba lentamente el vaso que la muchacha me ofreciera.

Devolví el vaso y entregué a Rebeca diez céntimos.

Los tiempos son así.

Eliazar paga el agua que bebe.

Rebeca necesita vender el agua para comprar el pan.

LA MUERTE Y SU HIJA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO TORRES"
CALLE 122 MONTEALEGRE, MONTEALEGRE, MEXICO

La Muerte y su hija.

Suelen posar en el «Lyon d'Or», inmediatas a una ventana, a mano izquierda, según se entra al café.

Constituyen original pareja. Separadas, tal vez pasen inadvertidas. Su originalidad está en el conjunto, en la unión de las dos imágenes. Sumadas, tocando hombro con hombro, componen un símbolo.

Suponed una viejecilla enlutada, resacaada sobre su esqueleto, que apunta, en guisa de romperlos, por todos los pliegues del manto; poned junto a ella una hembra

joven, de carne opulenta, que se reprieta contra las sedas del vestido, y tendréis en bloque este grupo.

Pero no basta verlo en bloque; hay que acercarse a él, metérselo por los ojos, para recibir la impresión, para sufrir plenamente el trallazo de aquel contraste, la bravura de aquella talla hecha en carne viva, la ironía demoníaca de aquel ambulante «capri-cho».

Por su oficio, cosa ninguna extraordinaria son las mujeres. La vieja vive de tercerías; la joven, poniendo su hermosura a jornal.

Pero la vieja, esta vieja, junto a la joven, y la joven, adosándose, estoy por decir engarfiándose a la osamenta de la vieja, dibujan una visión tan agria, provocan una sensación tan punzante, que Goya mismo no la supera en sus aguafuertes.

La vieja es estupenda. ¿Verdad, Vi-

llaespesa, que conmigo la contemplabas, ha dos anocheceres, desde una mesa del «Lyon»?

Estaba sola cuando entramos. Reclinada contra el diván, inmóvil, envuelta en el manto raído, que le llegaba hasta los pies, no era una vieja en la antesala de la Muerte. Era la Muerte en un minuto de descanso. Su guadaña debía estar oculta en cualquier parte, detrás de ella, entre la funda del diván.

Sus manos ociosas se cruzaban sobre el manto, engarfiadas, faltas de carne, mostrando sus huesos, uno a uno, bajo el pergamino de la piel. No precisaba tactearlas para sentir su frialdad y apreciar su dureza.

La calavera resaltaba en el merino de los lutos como en un paño fúnebre. También aparecía hipócritamente cubierta por la piel, por el mosaico de rayas que com-

ponía aquella piel, tirante en los pómulos; sumida en los ajustes de la boca; lijosa en la barba, vuelta hacia arriba como un gancho; recogida en el encaje, para lucir su orfandad y su lividez; apabellonada junto a las órbitas, para volverlas más profundas. Allá, muy adentro de aquellas cuencas, iban y venían, bizcando, reluciendo con fatua luz, dos pupilas minúsculas: eran como dos cuentas de azabache bailando en dos canutos. Por coquetería macabra, la Muerte se había puesto gafas. A caballo iban sobre el cartílago nasal.

No; aquello no podía ser un cacho de vejez humana caído contra un diván. Bastaba mirarlo para comprender que había rebasado todas las edades posibles. Era la Muerte, o, por lo menos, una de sus damas de honor, libre de servicio, que se aprovechaba de la huelga para salir de la Necrópolis a tomar el vermut.

¿A quién esperaba en el café la segadora de la Vida?

A la Vida.

La Vida entró por la puerta, que enjocían los eléctricos rayos.

Ceñida estaba por airoso traje de seda, pregonero crujiente de la carne que se estremecía bajo él. Un sombrerote, con airón de rizadas plumas, daba sombra al trigüeño rostro, donde relucían dos ojos valencianos y sonreía una boca de labios gruesos. El sombrerote se remangaba por detrás, para descubrir la azulosa mata de pelo y los ricillos lúbricos encrespados contra la nuca.

Pasó la hembra por frente de nosotros, cimbreando el busto sobre la cintura gentil, columpiando el recio caderaje, abanicándose con la diestra mano, retorciendo con la siniestra los cordones de un estrepitoso bolsón.

Todos los hombres estiramos los cuellos al atisbo de la mujer. Ésta, impávida, prosiguió su viaje triunfal y tomó asiento al lado de la vieja.

El contraste surgió de golpe; el cuadro se recompuso, se realizó en una sola pincelada, en un brochazo único.

Eran la Muerte y su hija.

La joven, por estar nosotros más cerca, por ser nosotros sus más próximos parroquianos, volvió hacia nosotros sus ojos y nos brindó gratis, como anticipo o como anzuelo, el don de su sonrisa.

La Muerte salió de su inmovilidad para apuntar a su hija algunas frases, algunos consejos, útiles al buen resultado de la conversación que con nosotros mantenía.

Hablaba yo maquinalmente, sin enterarme de las respuestas y preguntas. Mi alma entera estaba, no en el dibujo de la prodigiosa aguafuerte que me regalaba el azar,

iba a su fondo, a su medula, a su substancia, al símbolo que encarnaban las dos imágenes.

El símbolo, elevando, espiritualizando sus figuras representativas, era sencillamente hermoso.

La Muerte ofrendando la Vida. La Vida saliendo por entre los huesos de la Muerte, como una flor inmarchitable, como una rosa eterna, para abrirse a todos los vientos y meter en ellos su perfume.